EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLIII — DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA — NÚM 12508

PRECIOS DE SUSCRIPCION

En la Península—Un mes, 2 ptas—Tres meses, 6 id.—Extranjero—Tres meses 11'25 id—La suscripción se contará desde 1.° y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración

Administración y Redacción, Mayor 24

MIERCOLES 15 DE JULIO DE 1903

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette rue Caumartin 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

CONSECUENCIAS

El constante estado de huelga en que la clase obrera se agita esta dando sus naturales resultados.

Hace muchos días que se declararon en huelga en los muelles de la ciudad condal los cargadores y los secundaron varios oficios, viéndose desde aquel momento pobladas las celles de obreros sin trabajo.

El tiempo ha ido pasando; los recursos se han ido consumiendo y ante el espectro del hambre que llama á las puertas, los trabajadores que no quieren ser víctimas de un estado de cosas que ellos han contribuido á crear de un modo inconsciente, emigran á otras poblaciones en busca de trabajo.

De Zaragoza escriben en este sentido. Desde hace algunos días nótase la presencia de muchos obreros catalanes que buscan trabajo. Son los que huyen de la huelga, los que se retiran de la lucha perdida la paciencia, pero no el miedo que les inspira la colectividad.

Ellos trabajarían si no fuera por miedo á la coacción; se declararían vencidos ante el cuadro que ofrecen sus vivienlas con sus hijos pidiéndoles pan; pero el amor propio y el temor de una agresión violenta de sus compañeros les impide acudir al taller, al muelle ó á la fabrica donde encontrarían desde el primer momento el pan que significa la paz de sus hogares.

En tanto, los directores de la huelga, los que se prepararon para la batalla y lograron imponerse al obrero ignorante, continúan luchando, sin ver que no van sus golpes contra el aborrecido capital, sino contra el ejército de trabajadores que tienen á la espalda, del cual desiertan todos los que pueden. Ahí estan para probar lo que decimos los obreros que invaden la capital aragonesa. Algunos —los menos—se colocan. Los demas no encuentran donde colocarse.

¿Qué pensarán esos obreros frente a la situacion insostenible que se les ha creado? Ellos que se burlaban de los socialistas porque pensando con prudencia proclaman que á la huelga debe irse cargados de razón y con caja llena ¿qué diran?

Lo hemos dicho en muchas ocasiones: á la huelga debe irse en caso extremo y por motivos de importancia, pero nunca por cosas baladíes y menos por cuestiones de amor propio.

El fenómeno que se nota en Zaragoza, producido por la constante huelga de obreros catalanes, tiene antecedentes y tiene también sus consecuentes. No es la primera vez que se presenta, ni lo ocurrido anteayer en ese muelle será el último caso de esa índole.

Por las frecuentes huelgas á que el amor propio induce á los trabajadores de los muelles de Sta. Lucía, vénse muchos de aquéllos precisados á buscarse el jornal en otra parte. Al muelle de Alfonso doce atracan vapores. Allí hacen faltan brazos que carguen y descarguen los buques y allí acuden ellos disputando á los obreros de otras sociedades lo que éstos consideran como suyo.

Pensando éstos como piensan los obreros de Santa Lucía, piensan bien. Los cargadores de minerales sostienen la huelga porque los patronos admiten obreros no asociados y al acudir ellos á distinto muelle, buscando ocupación, se encuentran en las mismas condiciones que aquéllos á quienes quieren expulsar. ¿Es esto justo?

El obrero quiere huir de una esclavitud y ha caido en otra peor. Ha abdicado su voluntad y es víctima de esa abdicación. Ha declarado guerra á los obreros no asociados, como si éstos no tuviesen derecho á la vida y no ha visto que hay armas de dos filos que al herir con ellas hacen tanto provecho como daño.

Todo esto es muy sensible, pero es irremediable si los obreros no caen en la cuenta de que se debe remediar.

La huelga es buena como remedio heroico; pero no puede serlo para imponer al jefe el obrero que se hace incompatible, ni para impedirle que emplee en sus trabajos a los obreros que prefiera.

En esa lucha se agotará el obrero, como se va agotando en Barcelona.

Y es lástima, porque a ningún fin práctico conduce.

TIJERETAZOS

Donde menos se piensa salta una sanguijuela.

A D. Trinidad Pérez le ha visitado una que se exhibe en «La Tierra».

A D. Narciso Ibáñez le ha visitado otra.

Ignoramos si se generalizarán las visitas, pero sospechamos que todo eso responde á un agasajo de las empresas aguadoras.

Convencidas sin duda de que no sirven á sus abonados la cantidad de líquido á que tienen derecho, han buscado compensar de algún modo la falta, y han dicho:

—¡Ahí va eso!

Lo malo es que no avisan.

Y pudiera ocurrir algún día que cualquier abonado no se diera cuenta de la tal visita, hasta que la tuviera agarrada á la tráquea.

¿No podrían anunciarse con besa la mano?

—

Hablando del asunto Blasco Ibáñez-Soriano—léase deshfo—dice un colega madrileño que se va á encontrar pronto en un aprieto el Sr. Dato.

Más le valiera estar duermes al ministro, que aguantar una interpelación de Nocedal sobre ese asunto.

Bien se verá que el escándalo cubre muchas cosas.

Y como el que arme el diputado integrista será gordo, podrá hablar el ministro sin que nadie lo oiga.

—

Apesar de las negativas de Silvela, se habla de la próxima crisis.

«El Nacional» dice que no será muy honda: tres ó cuatro ministros á lo más.

¡Ahí es nada; medio ministerio!

¿A qué llamará el colega crisis honda?

¿A la que no deje sano ni á un solo ministro?

—

«La Patria» de Bilbao ha muerto y ha vuelto á aparecer otra «Patria» con iguales tendencias.

Y ya se ha enredado con el «Correo de Guipúzcoa», á quien llama ¡órgano del carlismo cartagenero!

Y le llama otras cosas: mentecato y medio, ignorante, pérdido, insolente y lenguaraz.

Es verdad que el «Correo» le llama á él hipócrita, chalaneros, mal patriota, señorito criollo y otras cosas del mismo jaez.

No hay peleas más escandalosas que las de familia.

«La Patria» y el «Correo de Guipúzcoa» son parientes.

Los dos absolutistas.

El fin del aislamiento DE ESPAÑA

Fué muchos años el aislamiento nuestro ideal en política exterior. Aspirábamos á vivir sin vida de relación, á lo vegetal, encerrados en nuestra casa so pretexto de cuidarla y arreglarla, y teniéndola cada día más descuidada y desarreglada. En fuerza de hacer el muerto, logramos que por tal nos tuvieran: véanse los proyectos de liquidación del dominio colonial español, publicados por la Prensa europea y americana, desde 1868 hasta 1898, y los discursos de Salisbury y Chamberlain, á raiz de la liquidación misma.

El papel de Corea en Occidente era, en apariencia, el más seguro; en realidad, el más peligroso; pero, de todas suertes, el más cómodo, y, por tanto, el más en armonía con nuestro temperamento. Reducíase á no hacer nada: ¡una delicia!

La prensa, los políticos, los Ateneos, las Academias, miraban como cosa nefanda y peligrosa todo intento de acción exterior. Los centros, el relleno del organismo español, el tejido adiposo nacional—que algunos insensatos quieren convertir en músculos—sentían entre sueños. Esto sin perjuicio de pintarnos en actitud amenazadora ante Inglaterra (1860) ante Francia en (1881-83) y ante Alemania (1885). Y como nadie hiciera gran caso de nuestras arrogancias, acabamos por persuadirnos de que cobrábamos el barato en Europa y América. Razón de más para no tratarnos con las otras potencias.

¿No habíamos insultado y provocado y los más poderosos impunemente? Pues entonces ¿qué cultivar su amistad? Ya recurrirían á nuestro fuerte brazo cuando se viesen en un aprieto. Nosotros no necesitábamos de nadie.

Este estado que, sin exageración, podemos denominar patológico del espíritu público, explica el estoicismo con que afrontaron las guerras coloniales y su natural consecuencia, el choque con los Estados Unidos.

Apatía é inercia profundas, con intervalos de sobreexcitación violenta y casi inconsiste en un caso bien definido de neurastenia grave.

No diré que la sacudida nos haya curado. Semejante afirmación sería temeraria. Pero se advierten síntomas de un despertar á la vida real.

La prensa llora alguna que otra vez,

Probad el Cognac de HENRI GARNIER y C.ª

—¿Y espera estar sola con él para lo que has querido comer hoy sin más compañía que tu tía y yo?

—Precisamente. ¿Oyes un carruaje? Observa si es él y da orden de que no quiero recibir á nadie más.

—¿Quieres que os deje solos?

—No por cierto; ya sabes que no le admito nunca en completa soledad; mi tía nos dejará, porque lo exigiré yo; pero quedate tú, te lo ruego.

—Pues yo te aseguro que le dejaría con mucho gusto responder sola de tus locuras, de tus caprichos.

—Comprendo, que eso me comprometería...

Anunciaron al marqués y yo tomé mi labor y me quedé.

—Tenía necesidad de hablaros,—dijo Cesarina.—Anoche en el baile hicisteis la triste figura; ¿lo sabéis?

—Lo sé, y puesto que no me quejo...

—¿No debo quejarme yo? Pues ved ahí; yo no puedo consentir en seguir haciendo el papel ridículo que me destinais. Es preciso poner un término á este estado de cosas que lastima á mi padre y me ofende á mí.

—El remedio es bien sencillo.

—Sí; admitiros como pretendiente oficial. Pero como eso no puedo ser.

—¡No me amas ni más ni menos que el primer día!

ban encendidas. Cuando pasamos al salón dejó de repente de reir, y llevándome á un lado, me dijo:

—Parece que ni mi padre ni tú queréis conceder vuestro asentimiento á la elección que he hecho: esto no es muy lisongero para mí, pero aún no desconfío. Papá ha estado dulce, insinuante, al decírmelo, lo cual prueba que cederá cuando me vea resuelta. En cuanto á ti, querida mía, será él quien se encargue de modificar tu parecer; yo te lo prometo.

—¿Contáis disponer á vuestro antojo de mi sobrino?

—A tu sobrino me encargo yo de inspirarle confianza; es un trabajo interesante que me reservo; pero como está ausente esto me dará tiempo para convencer á mi padre de lo serio de mi resolución.

—¿Cómo sabes que mi sobrino está ausente?

—Porque he tomado informes. Ha partido esta mañana para Leipsick y he contado tomarme esta tregua para librarme de una vez de las enojosas persecuciones del marqués de la Rivonniere

—¿Le has escrito otra vez?

—No; le he hecho decir por Dubois su antiguo ayuda de cámara que me trajo esta mañana un ramillete de su parte, que dijese á su amo que le esperaba para que nos acompañase á tomar una taza de té; que no se hiciera esperar, porque estoy cansada de anoche y quiero recogerme temprano.

alguna razón muy poderosa, y si no queréis por cualquier razón decirla delante de mi hija, creo que me la diréis á mí.

—Eso es,—repuso Cesarina saliendo con impetuosidad.

—Eso es mejor,—dijo Mr. Dietrich cerrando la puerta en cuanto hubo salido su hijo.—Vamos á ver decidme la verdad. ¿Temeis veros acusada por este matrimonio, de ambiciosa, de intrigante?

—Sí, señor, eso en primer lugar.

—Veo que sois muy por encima de esas bajezas.

—Nadie está bastante por encima de la opinión del mundo, nadie me conoce lo bastante para disculparme de toda premeditación y además estoy en una posición muy secundaria para poder contar con amigos; el favor de mi sobrino nos crearía envidiosos, y ni él ni yo soportaríamos la maledicencia sin ser desgraciados. ¡Oh, señor creadme, nuestra reputación vale más que todas las fortunas para comprometerla así!

—Ninguna de las numerosas personas que vienen á esta casa se permitirá la menor duda sobre la nobleza de vuestro carácter, y en cuanto á Pablo, cierto es que tendrá envidiosos, ¿pero quién no los tendrá si se casa con Cesarina? Si le detiene ese temor tendrá que renunciar eternamente á toda prosperidad, á toda ventura. Ese es un obstáculo quimérico del que casi podemos prescindir: veamos los otros.